

PARECIDO NO ES LO MISMO

Juan se despertó empapado en sudor. Eran cerca de las ocho de la mañana, de otra mañana más de aquel cálido otoño.

La luz ya se filtraba a través de las persianas entreabiertas de la ventana de su dormitorio. Aunque, desde que Concha se había ido, le parecía que no había vuelto a entrar el sol en aquella habitación que cada vez encontraba más oscura y agobiante. Era como si al morir, su mujer se hubiese llevado con ella la luz que irradiaba y el espacio vital que llenaba. De la misma forma que, día a día, se había ido oscureciendo también su propia existencia, su propio deseo de vivir.

Aquella noche había sido especialmente desasosegante. Lo poco que había conseguido descansar había sido en un duermevela entre pesadillas extrañas y confusas. El día anterior había amanecido envuelto en una bruma rojiza que, lejos de disolverse, se fue espesando hasta acabar convirtiéndose en una tormenta seca y extraña. Y luego, por la noche, se había cortado la energía eléctrica y la ciudad había quedado iluminada solamente por la luz fantasmagórica de los relámpagos de aquella inquietante tormenta.

Pero ya era un nuevo día y él había vuelto a despertar. “Otra vez”, pensó decepcionado. El mundo seguía en marcha indiferente a su tristeza. Se levantó despacio, como un autómatas, dispuesto a iniciar su rutina diaria: asearse, desayunar, limpiar...

Esa mañana se sentía particularmente oprimido en aquella triste casa, de modo que se saltó todas esas tareas, se vistió y decidió irse directamente a la calle, necesitaba salir cuanto antes, necesitaba aire. Aunque, por supuesto, sin olvidar la pequeña mochila en la que llevaba el cuaderno y los lápices y rotuladores, los “útiles” que empleaba para la única actividad que le sacaba de su túnel: dibujar Madrid, hacer boceto urbano.

Al bajar a la calle le sorprendió lo diferente que era ese día del anterior. Este era claro, luminoso, transparente. Todo resplandecía y hasta los colores de las fachadas de las casas lucían como recién pintadas. Al salir, desde la acera de enfrente le saludo un hombre que le recordó a un antiguo vecino, Paco. Hacía ya más de cuatro años que había fallecido. Seguramente le habría confundido.

Dudó por un momento, pero al final, como tantas veces, dirigió sus pasos hacia la Plaza de la Independencia; pensaba continuar con la nunca acabada serie de bocetos de la Puerta de Alcalá.

Al llegar a la Plaza buscó un lugar tranquilo y con buena perspectiva, sacó el cuaderno y un rotulador de punta fina y se centró en la icónica Puerta. La había dibujado cientos de veces, había llenado varios cuadernos con ella, pero cada vez le parecía más atractiva.

Encajó el volumen casi de memoria con un trazo ligero y comenzó a dibujar las pilastras de piedra berroqueña. De repente algo le sorprendió, no veía las señales de los disparos que habían dejado marcado el monumento en 1823, durante los enfrentamientos que se produjeron cuando entraron en Madrid los Cien Mil Hijos de San Luis... Sabía que acababan de hacer una restauración, pero no creía que hubiesen sido capaces de eliminar un símbolo como ese.

Sorprendido, dejó de dibujar y observó con detalle la Puerta, sus tres cuerpos, los cinco vanos, los remates de piedra de Colmenar con los angelotes, los yelmos, escudos y armas ... Tenía la rara sensación de que algo había cambiado, de que no era la misma, hasta que su vista se paró en la placa conmemorativa que se sitúa en el frontón sobre el vano central:

REGE FERDINAND VI ANNO MDCCLVIII.

¿Fernando VI? ¿En 1758? ¡Pero si la mandó construir Carlos III en 1778!

Completamente desconcertado, volvió a recorrer con la vista el monumento sin poder dar crédito a lo que veía. Tenía que ser producto de su imaginación. Pero entonces oyó a una guía que, a su lado, se dirigía a un grupo de turistas: “Fernando VI encargó la construcción del monumento al mismo arquitecto que había diseñado la Iglesia de las Salesas Reales, François Carlier, junto con el aparejador Francisco Moradillo”

¿Cómo que Carlier? ¡Si todo el mundo sabía que era una de las obras maestras de Sabatini!

Comenzó a caminar sin rumbo por la plaza intentando encontrar una explicación, cuando en un quiosco de periódicos un titular en las portadas le estalló como una bomba: “*El expresidente Suarez desvela nuevos secretos sobre el 20 F*”. ¡¿Suarez?! ¡Si hacía años que había muerto! Compró el periódico y empezó a ojearle compulsivamente allí mismo. Según leía, su confusión y desconcierto iba en aumento. Entre noticias aparentemente normales, encontró otras asombrosas y

desconcertantes: “*Cristiano Ronaldo anuncia que deja definitivamente el Barcelona*”, “*Rocío Jurado interrumpe sus galas*”, “*El grupo Rumasa reparte dividendos*”

Cogió otros dos periódicos y comprobó espantado que tenían las mismas noticias. Todo le daba vueltas y tuvo que hacer esfuerzos para no caerse al suelo allí mismo. Miró de nuevo a su alrededor. La Puerta de Alcalá, las formas y los colores de los edificios, los modelos de los coches, las ropas de la gente, eran similares a lo que recordaba, pero que también había en algo en ellas que las hacía diferentes. Todo era parecido. Parecido, pero no lo mismo.

Estaba perplejo, aturdido, tratando de encontrar alguna justificación a aquella locura. Recordó el día anterior con los extraños fenómenos que habían ocurrido. Entonces se le vino a la cabeza la entrevista que había leído el pasado viernes a un físico francés en la que el científico hablaba sobre la antimateria. Aventuraba la teoría cuántica de que esa antimateria, que se podía medir, pero no podía ser detectada, era en realidad un universo paralelo que se estaba acercando y que iba a terminar “ensamblándose” con el nuestro.

¿Y si esa teoría fuese cierta y se hubiese cumplido la pasada noche? Eso explicaría esa realidad que ahora le envolvía y en la que todo era parecido, pero no igual. En este mundo paralelo Suarez vivía. La Jurado vivía.

Entonces fue cuando, de repente, una idea le vino a la cabeza: “¿Y si eso era así, y si Concha también siguiese viviendo?”

Nada más pensarlo decidió volver, tenía que comprobarlo. Aceleró el paso hasta acabar corriendo mientras sorteaba como podía a la gente que llenaba las aceras. Llegó al portal al límite de sus fuerzas, envuelto en sudor y debatiéndose entre el miedo y la esperanza. Subió los dos pisos casi volando sobre los viejos peldaños de madera hasta llegar a la puerta de su casa. Los nervios y la ansiedad le impedían meter la llave en la cerradura. Al final logró tranquilizarse, giró la llave y abrió.

Entró despacio y permaneció en el vestíbulo en silencio, conteniendo la respiración.

Por el pasillo se oyeron unos pasos que venían desde la cocina. No le cabía duda. Eran los de Concha. Vivía.

Y en ese momento, en una fracción de segundo, toda su vida anterior con ella pasó por su mente como en una película:

Aquel noviazgo juvenil eterno, las muchas cosas que habían compartido... y también los proyectos incumplidos, aquellas tardes aburridas e interminables, las comidas

silenciosas, las discusiones sin sentido, los celos infundados, las ilusiones muertas.
El hastío.

¿Sería de verdad ella?

No quiso saberlo. Sin pensarlo más giró sobre sus talones, bajó atropelladamente las escaleras, salió a la calle y desapareció para siempre.

FIN